

"Nuestras Palabras"

El Señor Jesús dijo en Lucas 6:45: "El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca." Pablo exhortó a Timoteo a ser ejemplo de los creyentes en palabra, en 1 Timoteo 4:12. Ahora bien, tus palabras reflejan lo que hay en tu corazón. Si tus palabras son duras y malas, eso muestra un corazón negativo y malvado. Si tus palabras son amables y buenas, eso muestra un corazón bondadoso y bueno.

Cómo usamos nuestra lengua le importa a Dios y a los demás. A nadie le gusta oír estallidos de ira, quejas constantes, preocupaciones innecesarias, críticas sin fin, juicios injustos, chismes o calumnias malintencionadas. Estas actividades no son propias de quien desea seguir a Cristo. Un habla dañina y destructiva puede convertirse en un hábito frecuente. David dijo en el Salmo 140:1 al 3: "Líbrame, oh Jehová, del hombre malo; Guárdame de hombres violentos, Los cuales maquinan males en el corazón, Y cada día provocan contiendas. Aguzaron su lengua como la serpiente; Veneno de áspid hay debajo de sus labios." Pensemos en cómo hablamos. Porque Dios está escuchando.

Nuestra lectura de hoy proviene de la carta de Pablo a los Filipenses, capítulo 4, versículos 8 y 9. Habla de cómo debemos pensar y en qué debemos ocupar nuestra mente. Porque de ahí surgen nuestras palabras.

"Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros."

Oremos juntos. Padre Celestial, te damos gracias por tu guía para que sepamos cómo vivir, cómo pensar y cómo tratar a los demás. Ayúdanos, Padre Celestial, a poner nuestra mente en las cosas que son buenas, sanas y edificantes. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús. Amén.

El rey David dijo en el Salmo 19:14: "Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío." Espero que tú también desees agradecer al Señor con la manera en que hablas. Las palabras son importantes para Dios, y las palabras que pronunciamos pueden violar la voluntad de Dios o pueden cumplirla. Así que debemos pensar y juzgar nuestras actitudes antes de hablar, en lugar de hablar sin pensar y luego desear no haber dicho lo que dijimos.

Las palabras revelan el carácter. Mateo 12:34 al 37 dice que "de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado." Las personas que hablan mal tendrán que dar cuenta de sus palabras a Dios. Oh, Dios lo sabe. Proverbios 13:3 dice: "El que guarda su boca guarda su alma; Mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad."

Bueno, ¿cómo puedo usar mis palabras para bien, para bendecir a otros? Primero, podemos decirle a la gente la verdad del evangelio de Cristo. Podemos contarles cómo Jesús murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:1 al 3). El evangelio de Cristo es el mejor mensaje que alguien puede escuchar. Da esperanza, perdón y vida eterna. Nada se le

compara. El cristianismo es ciertamente una fe única, diferente a cualquier otra religión. Está basado en profecías y arraigado en la historia. Puede ser probado y verificado. Oh, sí.

El verdadero cristianismo está basado en la compasión y el amor de Cristo y en cómo eso ha bendecido a la humanidad durante los últimos dos mil años. No te dejes engañar por grupos que se llaman a sí mismos cristianos pero que no tienen una relación real con Cristo Jesús. El mismo Señor Jesús dijo en Mateo 7:21: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.” El Señor sabe que algunos que dicen ser siervos fieles en realidad son infractores de la ley. Jesús les dice a las personas sin ley que afirman ser cristianas: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” (Mateo 7:23)

En cambio, el Señor quiere que su pueblo lleve una vida piadosa y ponga su esperanza en el cielo. Cuando los cristianos viven como deben, la gente se preguntará por qué. 1 Pedro 3:15 nos anima: “sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.” Cuando las personas apartan a Cristo como Señor en sus corazones, es evidente para todos. Y la gente preguntará por qué sigues a Jesús, y podrás dar las razones de tu esperanza de forma amable, humilde y respetuosa.

Un anciano que conocí solía animar a la congregación a “hablar bien de Jesús”. Oh, podemos permitir que las personas que nos rodean escuchen lo que el Señor ha hecho por nosotros. Podemos regocijarnos en el Señor siempre (Filipenses 4:4). En Marcos 5, Jesús y sus discípulos se encuentran con un hombre endemoniado que vivía una vida solitaria, miserable y dolorosa entre los sepulcros. Jesús expulsó a los demonios que había en él. Y Marcos 5:18 al 20 revela lo que Jesús quería que hiciera este hombre para bendecir a otros: “Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.”

Oh, todo cristiano que ama al Señor puede contar a otros las grandes cosas que Dios ha hecho por ellos. David escribió en el Salmo 71:15 al 18: “Mi boca publicará tu justicia Y tus hechos de salvación todo el día, Aunque no sé su número. Vendré a los hechos poderosos de Jehová el Señor; Haré memoria de tu justicia, de la tuya sola. Oh Dios, me enseñaste desde mi juventud, Y hasta ahora he manifestado tus maravillas. Aun en la vejez y las canas, oh Dios, no me desampares, Hasta que anuncie tu poder a la posteridad, Y tu potencia a todos los que han de venir.” Oh, nosotros también debemos querer contar las obras maravillosas de Dios.

Segundo, debemos enseñar a nuestros hijos y nietos acerca de Dios. Moisés dijo en Deuteronomio 6:6 al 9: “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.”

Algunos padres piensan que no deben influenciar las creencias religiosas de sus hijos, pero Dios espera que los padres instruyan espiritualmente a sus hijos. Efesios 6:4 dice a los padres: “criadlos en disciplina y amonestación del Señor.” El Salmo 78:5 al 8 dice: “El estableció testimonio en Jacob, Y puso ley en Israel, La cual mandó a nuestros padres Que la notificasen a sus hijos; Para que lo sepa la

generación venidera, Y los hijos que nacerán; Y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, A fin de que pongan en Dios su confianza, Y no se olviden de las obras de Dios; Que guarden sus mandamientos, Y no sean como sus padres, Generación contumaz y rebelde; Generación que no dispuso su corazón, Ni fue fiel para con Dios su espíritu.”

Cuando el corazón no está bien, las generaciones más jóvenes se ven privadas de la verdad y de una vida piadosa. Y eso es lo que ha sucedido en nuestra generación con muchas almas. Cuando falta la fe en Dios y los hijos no son entrenados espiritualmente, sus corazones se apartan de lo bueno hacia lo malo. Se alejan de la fe hacia la duda, de la justicia hacia la injusticia, y de la bondad hacia el egoísmo. En una cultura llena de manipulación e identidades partidistas, el amor y la verdad son difíciles de encontrar. Debemos animar a otros con nuestras palabras. Debemos edificar, no destruir. Debemos dar gracias en lugar de quejarnos. Debemos alabar en lugar de calumniar. Es mejor hacer preguntas que lanzar acusaciones apresuradas.

Pablo exhortó a los cristianos a bendecir a otros con su forma de hablar en Efesios 4:29. Dijo: “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.” El habla corrompida es podrida y corrupta. ¿No es mejor escuchar lo que cubre la necesidad y da gracia? En un pasaje similar, Pablo escribió en Colosenses 4:5-6: “Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.”

Las personas sabias piensan antes de hablar. Enaltecen la verdad en lugar de destruir lo que es bueno. Las personas sabias dan esperanza al desesperado, dan fuerza al débil, dan luz a los que están en tinieblas y hablan del amor de Dios a los que no se sienten amados. Los cristianos sabios ofrecen amistad a los solitarios y olvidados. Escuchan las heridas de otros y les ofrecen la verdadera fuente de sanidad en la gracia de Dios. Santiago 1:19-20 dice: “Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.” La ira levanta una barrera entre las personas y puede terminar una relación. Daña en lugar de sanar o ayudar.

A veces tenemos que enfrentar cosas desagradables y confrontar problemas serios. En esos momentos debemos controlar aún más nuestra lengua y nuestras actitudes. Debemos tener cuidado y vigilar cómo hablamos a los demás. 1 Timoteo 5:1-2 nos exhorta: “No reprendas al anciano con dureza, sino exhortale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza.” Las palabras dichas con amor y respeto siempre son mucho mejores que las palabras dichas con enojo. Oh, es verdad: a la gente no le importa quién eres, no le importa lo que sabes, hasta que saben que te importan.

Cuando nuestra fe es puesta a prueba por quienes no entienden ni aprueban el cristianismo, sigamos abrazando nuestro amor por Dios. Hebreos 10:23-25 dice: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.” Cuando las personas dejan de adorar con la iglesia, su fe se debilita y su esperanza se desvanece porque dejan de estar con los que aman al Señor.

El profeta y rey David dijo en el Salmo 40:9-10: “En medio de la congregación prediqué tu justicia; he aquí, no refrené mis labios, Jehová, tú lo sabes. No encubrí tu justicia dentro de mi corazón; he publicado tu fidelidad y tu salvación; no oculté tu misericordia y tu verdad en grande asamblea.” Cuando confesamos nuestra fe en Dios con regularidad, nos aferramos a ella. Cuando dejamos de confesar nuestra fe y volvemos el corazón al mundo, poco a poco perdemos nuestra devoción a Dios.

Las palabras más dulces que podemos decir son expresiones de amor. Los miembros de la familia necesitan saber que son amados, que son valorados y apreciados. “Te amo” y “gracias” deben decirse diariamente a quienes amamos. Me doy cuenta de que para algunos es difícil expresar sus sentimientos, pero reprimir palabras de amor y aprecio puede ser cruel para quienes nos aman. Cuando las personas se sienten no amadas, a menudo hacen cosas que no son amorosas.

Lamentablemente, decir que amamos a alguien puede ser inútil si no también demostramos ese amor. Después de que Pedro negó al Señor tres veces, el Señor Jesús le preguntó tres veces: “¿Me amas?” en Juan 21:15–17. Jesús sabía que Pedro era débil, y aun así oró por él. Jesús todavía quería escuchar que Pedro confesara su amor y que lo viviera. Si Pedro realmente lo amaba, Jesús quería que lo demostrara. Y entonces le dijo: “Apacienta mis corderos.” “Pastorea mis ovejas.” “Apacienta mis ovejas.” Verás, el amor sirve a los demás y valora a los demás. Que tu vida y tus palabras tengan significado.

Cuando hayas hecho algo mal, humíllate y confíésalo. Decir “lo siento” y pedir perdón, “perdóname”, a Dios y a las personas que has ofendido es lo correcto. Cuando otros se arrepientan y te pidan perdón, debes decir las palabras: “te perdono.” 1 Corintios 13:5–7 dice que el amor “no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.” Mantener nuestro amor con los demás es necesario si queremos agradar a Dios. 1 Juan 4:11 dice simplemente: “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.” Amemos a Dios amándonos unos a otros.

Oremos juntos. Oh Padre, ayúdanos a bendecir a las personas que nos rodean con las palabras que decimos. Ayúdanos a animar, a levantar, a ser agradecidos, a estar dispuestos a perdonar. Y a amar a los demás. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús, Amén.

El Señor Jesús nos dejó un ejemplo de cómo hablar y comportarnos cuando somos tratados injustamente por otros. 1 Pedro 2:21–24 dice: “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.”

Cuando Jesús estaba en la cruz siendo humillado, sufriendo gran dolor y siendo burlado y calumniado, no respondió con amenazas ni palabras llenas de odio. Jesús se encomendó a Dios, quien juzga con justicia. Nosotros también podemos sufrir daño, pero encomendemos nuestras almas a Dios. 1 Pedro 4:19 dice: “De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.” Dios siempre quiere que hagamos lo correcto.

Hacer lo correcto, es decir, la voluntad de Dios, es vital para nuestra salvación y nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos fieles. Para estar bien con Dios, debemos aceptar Su don de salvación

conforme a Sus términos. Amar al Señor es necesario. Creer el evangelio de la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo es esencial. Arrepentirse de nuestros pecados y confesar a Jesucristo como el Hijo de Dios es requerido. Ser bautizado, sumergido en agua en el nombre de Jesucristo para el perdón de nuestros pecados, también es necesario, según Hechos 2:38. Te digo, no puedes obedecer al Señor en tus propios términos. Obedecer significa agradarle a Él.